

vez concedido ese tiempo al amor exaltado, se tornará un marido prosaico, con lo cual debe contar de antemano; y además que será fatal y naturalmente necesario que ese hombre, si no hará quizá de ella una esclava, tratará al ménos de imponerle sus gustos, sus preferencias, sus voluntades, y que tendrá que someterse á él moral y físicamente.

Estando prevenida de este modo no se hará ilusiones. Le hablaré, no sólo de los goces de la maternidad, sino que tambien le diré los deberes que impone y los dolores que ocasiona. Despues le haré comprender que una vez esto admitido, no debe para casarse con un hombre mirar si tiene los ojos más ó ménos grandes, el bigote más ó ménos negro; pero si que debe elegir un hombre cuyo carácter simpaticé con el suyo, que tenga los mismos gustos que ella, y que de este modo le será ménos costoso sujetar su carácter y sus gustos á los de su marido, y que asi habrá ménos choque entre ellos. Sin dárselo á entender, haré por influir en su eleccion, le ayudaré á encontrar un jóven que tenga buen corazon y sentimientos elevados. Si mi hija es de constitucion delicada, dirigiré su eleccion hácia un hombre que tenga la misma que ella, para que no la dañe del pecho ó la mate al cabo de pocos años de matrimonio.

Si por el contrario es sanguínea y de un temperamento robusto, cuidaré de no elegirle por esposo

á un hombre de constitucion débil ó gastado por prematuros desórdenes.

Ultimamente, no le daré por esposo á un anciano.

La vispera de su casamiento le dirigiré el pequeño discurso siguiente:

«Hija mia, el matrimonio es más bien un deber que un goce; ese deber es á veces muy difícil de cumplir: el marido tiene defectos, y hasta vicios; es menester saber soportar los defectos y cumplir con el deber. El matrimonio es una cosa sagrada, formal; contrayéndolo se hace abnegacion del reposo, de la libertad, del libre albedrío por toda la vida. Reflexiónalo bien, y despues piensa que el *si* que vas á pronunciar equivale á un juramento solemne; no es un *si* trivial; con él te comprometes por tu honra á querer á tu marido tal como fuere, y á conservar intacto el depósito que te hace de su honor y del de su familia; tambien te confiará su felicidad y hasta su vida misma, porque si un dia con tu conducta dieras motivos á la sospecha, entónces tu marido se veria obligado por las leyes de la sociedad á arriesgar su vida en un desafio, y aún cuando saliese bien de éste, su felicidad quedaria destruida para siempre, porque el amor puro y santo necesita una confianza completa.

» Si aún hicieras más; si algun dia llegases á olvidar tus deberes de esposa y á tomar un amante,

entonces hasta los mismos goces de la paternidad se transformarían para tu marido en un suplicio horrible, pues estarían emponzoñados por una terrible duda.

» Así, pues, hija mía, un hombre honrado va á entregarte su nombre, su honor, su felicidad y su vida. Al pronunciar el *sí*, te lo repito, te comprometes á conservar intactos siempre, y á pesar de todo, tan preciosos depósitos. Si algún día faltas á tus deberes, sólo serás una vulgar perjura y mala mujer.»

Esto diría á mi hija, franca y sencillamente, sin emplear rodeos.

Hé aquí ahora cómo yo educaría á mi hijo y lo que le diría cuando llegase, no á la edad de 21 años sino de 25.

Confieso que si fuera posible que se conservase *virgen* hasta la edad de 21 años, me alegraría mucho; mas como soy de opinión que á los hijos no hay que pedirles imposibles para no exponerse á ser desobedecido, no le exigiré semejante cosa.

Me limitaré á hacerle comprender lo criminal que es seducir á las doncellas inocentes, y en vez de hablarle mal de las mujeres, le inculcaré el respeto y la veneración hácia la mujer honrada, haciendo que un antiguo amigo le insinuase cuán peligrosas son las cortesanas, y aún más las mujeres de la calle. Ese amigo se encargará de explicarle por qué.

Haré lo posible para hacer de él un cumplido caballero y un hombre de honor.

Le negaré mi consentimiento para casarse mientras no haya cumplido los 25 años: pasada esta edad le aconsejaré el matrimonio, y haré por guiarle en su elección á fin de que se case con una jóven cuyas cualidades físicas y morales estén en armonía con las suyas. Y ántes de dejarle comprometerse para toda la vida, le diré lo siguiente: «Hijo mío, el hombre y la mujer han sido criados para vivir juntos; el casamiento está en las leyes de la Naturaleza: estos dos seres, formados para completarse uno por el otro, moral y físicamente, deberían vivir en buena armonía, en calma y en felicidad; desgraciadamente no sucede así: de cien matrimonios, cincuenta son completamente desgraciados, treinta casi felices, de una felicidad negativa, porque está basada en la resignación; los otros veinte son tranquilos en apariencia, porque esa calma tiene por base la desgracia disimulada de uno de los dos esposos.

» Este resultado es mediano, y con razón es de extrañar que lo masculino y lo femenino no puedan conseguir entenderse y unirse mejor, y que reine la discordia allí donde la armonía debía ser la soberana. Y en vano se pregunta en qué consiste la mala inteligencia que separa de tal modo al hombre y á la mujer, siendo así que habían nacido para permanecer unidos.

»Eso consiste, hijo mio, en que el hombre se empeña á costa de su reposo, y aún á veces de su honor, en no querer rendirse á la evidencia, en no querer comprender que la mujer no es un sér perfecto, ni un ángel, sino simplemente un sér humano lo mismo que él, que tiene un alma ó un sér abstracto con sus cualidades, sus instintos, sus vicios que le son propios, que tiene un sér físico ó un cuerpo con su constitucion, sus pasiones ó falta de ellas, sus instintos, sus gustos, sus inclinaciones y sus apetitos.

»La historia, la filosofía, la experiencia nos enseñan que es muy difícil para la humanidad el dominio de los vicios, el enfrenamiento de las pasiones y el cambio de carácter, gustos é instintos; y á pesar de esto, el matrimonio tiene por base el aniquilamiento de todos los instintos morales y físicos de la mujer, y el hombre persiste en no cuidarse de ellos..... diciendo para sí: carácter, gustos, instintos, pasiones, todo debe ceder ante mi poder, todo esto debe cambiar y transformarse bajo el impulso de mi voluntad; esto es exigir una cosa superior á las fuerzas humanas, porque el sér humano que consigue doblegar su voluntad y renunciar á sus gustos adoptando los ajenos, y dominar sus pasiones al capricho de otra voluntad que la suya, ese sér ya no es humano, es angelical.

»Cuando el hombre se casa ya lo sabe todo, llega

instruido y con experiencia; por el contrario, la mujer está ignorante y es inexperta.

»Al hombre, pues, corresponde el deber de buscar una union que pueda ser conforme en lo físico como en lo moral. (Cuando uno se casa con una viuda, ella se encarga con inteligencia de ese cuidado.)

»Esto es, hijo mio, lo que sucede en casi todos los matrimonios. El hombre cuando elige á una novia, sólo se preocupa de su fortuna, de su posición social, de su belleza física, y nada más. Si le dicen: Sois aficionado al estudio y á la vida sedentaria, y la mujer que habeis elegido para casaros está acostumbrada por sus padres á una vida mundana, él os contesta que no importa, porque ella tendrá que aceptar el género de vida que él quiera. Si es apasionado por los viajes y le hacen observar que su novia es contraria á ellos, contesta: No importa, puesto que no tendrá más remedio que seguirme. Si es amante de las artes y odia el trato de la gente ordinaria, y le dicen: Hacedis mal en casaros con esa jóven, porque es vulgar y no entiende nada de lo que es artístico, contesta: ¡Bah! cuando ella sea mi mujer dejará de ser vulgar. Perder la propia naturaleza no es cosa tan fácil; por consiguiente, su mujer permanecerá vulgar; por ello la acriminará y la abandonará para buscar á otra que lo comprenda mejor. Y entónces la mujer á quien falta el sentimiento artístico, pero que posee otros, buscará un sér vulgar y prosáico

que tambien la comprenda á ella. En fin, el hombre no se cuida nunca de estudiar si el carácter, las aptitudes morales y los instintos de su futura podrán estar conformes con los suyos, porque dice para sí: «Una vez casada tendrá que transformarse y doblegarse á mi voluntad.»

»La naturaleza humana es difícil de doblegar, y de aquí resulta que hay lucha, discordia, odio entre el hombre y la mujer. Si hay calma, sólo es aparente; la mujer disimula, pero no cambia. Si hay felicidad, sólo es ficticia, porque tiene por base la abnegación ó la resignación de uno de los dos esposos.

»Más valdria mil veces buscar naturalezas que simpatizasen juntas que no decir: la mujer está condenada á la abnegación, todo debe aniquilarse en ella, *ella no debe ser ella*, es decir, un sér real y viviente, sino sólo un reflejo de la naturaleza moral y física de su marido; porque el decir y exigir esto es pedir lo imposible, y se introduce de este modo la discordia en el domicilio conyugal. Piénsalo bien, hijo mio; en la parte física debes obrar al casarte con igual prudencia é inteligencia. Un grande error, te lo repito, separa lo masculino de lo femenino, y esto tiene aplicación lo mismo en lo físico que en lo moral. Por lo físico, como por lo moral, el hombre funda el casamiento sobre la idea, muy fija en él, pero equivocada, de creer que la mujer es un ángel.

»Pues bien, convéncete de esta verdad desagrada-

ble y ruda tal vez, pero que es real y positiva, que el ángel en la mujer está forrado por dentro de hembra, es decir, de un sér físico que tiene sus instintos, sus pasiones ó falta quizá de pasiones.

»Como tú tambien posees el mismo sér físico y animal, procura que estos dos séres estén de acuerdo.

»Si eres fuerte y robusto, no te cases con una mujer débil ó enfermiza, porque entónces, ó la matarías ó te verías obligado á sacrificarla al adulterio.

»De todos modos, ya no habria armonía en tu casa. Mas si tú eres de un temperamento débil y sólo te inclinas al amor puro é ideal, entónces cástate con ella, vivireis en buena armonía; miéntras que si cometieses la falta de casarte con una jóven robusta, de temperamento ardiente, ó tú te matarías para que ella no faltase á sus deberes, ó bien la deshonra te castigaria de una culpa que es de la Naturaleza y no tuya, ó bien si permanecieses honrado sería á costa de una resignación difícil de tu mujer, que conseguiria dominar su temperamento, pero sufriria y su moral se agriaria; se volveria irónica, burlona y de mal carácter, y en cualquiera de estas tres hipótesis tu felicidad quedaria destruida para siempre.

»En fin, si te casas con una mujer jóven siendo ya viejo, despues de haber usado y abusado de la vida, cometes un crimen, juegas imprudentemente con tu honor, y no tendrás el derecho de quejarte.

» Es una verdad brutal y repugnante, pero hay

que decirlo hasta en el nombre de la moral misma.... La mujer tiene una constitucion fisica, y si se quiere suprimir la inmoralidad y el adulterio, los hombres harán bien en tenerlo presente en vez de tratar inútilmente de aniquilar ó crear las condiciones morales y aún la misma constitucion fisica de sus mujeres.

»Déjame, hijo mio, descubrirte un último pequeño secreto femenino, cuyo secreto, si sabes aprovecharte de él con inteligencia, te servirá para guardar tu honor.

»Desde los 15 á los 25 años, la mujer, por efecto de su constitucion fisica, no se deja llevar de la pasion; el amor del corazon, el amor ideal, la ternura del alma, estas son sus aspiraciones y sus necesidades. La pasion brutal le repugna y aún la cansa. Pero de 25 á 45 todo cambia en ella; el amor puro, la ternura ya no la satisfacen: la pasion es lo que á ella le es necesario.

»Esto es lo que sucede las más de las veces en el matrimonio. El hombre, exaltado por la posesion legal de una hermosa jóven, de una encantadora esposa, se muestra muy apasionado durante cinco, seis ó diez años, justo los años en que la pasion es cosa odiosa para la mujer que no corresponde á ella.

»Pero al cabo de diez años de casamiento (y esto hablando de los buenos maridos, los otros no esperan tanto), el hombre hastiado ya de los atractivos

de su mujer ó cansado, se vuelve frio, indiferente, y la trata como amiga.

» ¡Y esto sucede en el momento en que la pasion radiante é imperiosa se despierta en ella! Si la mujer es fuerte y valerosa, se echa en brazos de la religion, llora y sufre, pero se mantiene virtuosa. Si es débil, el adulterio hace una nueva presa. Allí hay culpables, pero tambien hay ignorantes á quienes es preciso instruir.

»Si deseas convencerte, hijo mio, de la exactitud de lo que te digo, examina, observa el mundo y podrás apercibirte que las mujeres que tienen amante, sobre todo son aquellas que se hallan en el período de 30 á 40 años. Los maridos de aquellas mujeres duermen muy tranquilos, y dicen para sí: « Mi mujer tenia tan poco temperamento cuando era jóven, que ahora ya no le queda ninguno; puedo estar muy tranquilo.»

» ¡ Pobres ignorantes! No conocen, no sólo el corazon humano, sino que ignoran tambien su constitucion fisica. Es cierto que existen maridos que *saben*, pero que se echan esta cuenta: tanto peor para ella; yo no le he de ser eternamente fiel, esto sería demasiado estúpido; que dominen su naturaleza; y como esto no es fácil, muchos maridos son..... lo que yo deseo que tú no seas nunca. Y luégo al oido, muy bajito le diria tambien esto: «Hijo mio, no seas tan imprudente como lo son la generalidad de los ma-

ridos, y no cometas aquella cosa odiosa que podría enajenarte para siempre el corazón de tu esposa.....» Es costumbre en Francia, y sobre todo en los altos círculos, el unir á dos jóvenes que apenas se conocen, que no se han dicho ninguna palabra de ternura; el futuro sólo ha conseguido besar la mano á su novia: él la llama señorita, ella le dice caballero. Mas llega la boda, y en día y hora fijos, aquella pura y casta doncella es conducida á su cuarto, y después de despojarla de sus atavíos de novia, la dejan y la dicen: «Él va á venir; sé dócil!.....» La pobre niña se entrega por miedo, por confusión, sin cariño, sin ilusiones, sin pasión..... Toda su vida conserva un recuerdo triste de aquel acto que le han impuesto, y su corazón le dice: *¡Esto no es el amor!*

»Por el contrario, el amante que desea verse correspondido, no imita la brutal torpeza del marido. Empieza por expresar su amor con tiernas sonrisas y delicadas atenciones; sus ojos apasionados se fijan en la mujer, que se estremece bajo aquella mirada ardiente y fascinadora: en fin, un día arriesga una palabra cariñosa; luego otro día elige un momento oportuno y hace su declaración; sólo habla de su amor puro y platónico; y por último, cuando ha conquistado el corazón de la mujer, los amantes cambian un apretón de manos, un beso, luego otro; de confianza en confianza, el amante, antes de posesionarse de la mujer, espía con talento y delicadeza aquel minuto

en que la mujer es presa de cierta languidez experimentando una sensación desconocida, y entonces se entrega con amor y con embriaguez.

»El prólogo ha durado un mes ó seis, ¡pero qué recuerdos deja en el corazón de la mujer! ¡Qué diferencia tan grande de este desenlace al de la primera noche de boda! ¡Toda la desventaja queda de parte del marido!

»Pero me direis que una mujer virtuosa no puede hacer esa diferencia. Si que la puede hacer; los libros, los teatros, las buenas amigas están cerca de ella para pintarle los encantos del prólogo de los amantes; entonces ella recuerda y compara; además, su corazón delicado y sensible le dice por sí mismo que aquella brutal posesión no es amor.

»¿Pero qué debo hacer entonces? dirás tú.

»Lo que harás, hijo mío, si deseas que tu mujer te quiera de veras, y para evitar que más en adelante tenga tentaciones de probar la fruta prohibida y el amor adúltero, será lo siguiente: Que el día de tu casamiento sea para tí como el primero en que un amante empieza á enamorar á su mujer; obra del mismo modo que los amantes cuando tratan de seducir á sus amadas. Emplea para ello seis meses, si es necesario; pero al fin, cuando consigas que se entregue á tí, que lo haga con felicidad en vez de hacerlo con miedo y vergüenza.

»Entonces, querido mío, tendrás novecientas pro-

habilidades entre mil de haber conquistado á tu mujer moral y físicamente para siempre. El amor culpable ya no tendrá aliciente para ella, porque nada la enseñará que no sepa ya.»

Ya es tiempo que el amor conyugal y legítimo se defienda algo, y para ello debe valerse de las mismas armas del amor ilegítimo para combatirlo.

Y ahora, Sr. Dumas, que os he manifestado los consejos que daría á mi hijo, sois muy dueño de pensar que esto es brutal, grosero, antipoético. Y os contestaré..... brutal, no lo niego; pero es verdadero, natural y útil.

No puedo concluir lo relativo á la mujer sin pedir una pequeña explicacion acerca de los siguientes párrafos, tomados de vuestro prólogo de *El amigo de las mujeres*:

«La emancipacion ó renovacion de la mujer, estas palabras que nuestro siglo está harto de oír, carecen para nosotros de sentido. La mujer no puede ser emancipada ni renovada; su funcion, así como su destino, están ya establecidos y marcados desde su origen; no hay que modificarlos, sólo hay que conocerlos bien.

»La emancipacion de la mujer es una de aquellas cosas que más risa causan en el mundo. Eso es prótóxido de ázoe puro; no hay más que destapar el frasco para hacer reír á Dios durante una eternidad.»

Os ruego, caballero, que tengais la amabilidad de

indicarme á qué clase de emancipacion y de renovacion aluden esas frases; ó si lo preferis, decidme qué entendeis por eso de emancipacion de la mujer, ó bien á qué teorías emitidas se dirigen semejantes palabras.

Yo por mi parte, caballero, he leído sobre ese particular unos libros muy serios, entre otros el del Sr. D. Enrique Stuart Mill, y este libro, os lo puedo asegurar, no ha provocado esa hilaridad que segun vos ha de hacer reír á Dios eternamente.

He visto la emancipacion puesta en práctica por los americanos, y este es el resultado que ha dado: la supresion de la prostitucion, y el adulterio casi por completo destruido.

La mujer y el hombre viviendo en buena armonía, gracias al mismo diapason intelectual y moral que los rige.

En las escuelas mixtas, los conocimientos humanos en sus diversos ramos, abordados con igual éxito por niños y niñas, como lo prueba la estadística.

Como no sucede lo que en Francia, donde sólo se cultiva la imaginacion de la mujer, sino que la dedican á los estudios serios, su inteligencia se desarrolla, y por consiguiente son allí las mujeres ménos románticas, méuos ideólogas, pero en cambio son más prácticas y más serias.

Como ya el amor no es el único objeto de su

vida y el sólo medio que tienen de convertir su papel de esclava del hombre en el de su igual y á veces de su soberana, hacen ménos sacrificios á ese Dios pérfido, y por consiguiente cometen ménos faltas por él.

En fin, siéndoles accesibles todas las ambiciones nobles, elevadas y útiles, ya no se ocupan sólo en agradar, seducir y adornarse; si son pobres, saben ganarse la vida sin tener que recurrir á la vergonzosa prostitucion para mantenerse. Las madres viudas y sin fortuna pueden seguir una carrera lucrativa, y desempeñar entónces el papel que vos llamais la madre-padre.

Me es difícil creer, caballero, que semejante resultado, conseguido por la emancipacion de la mujer, cause tanta risa á la sabiduria por excelencia, al Padre Eterno. Para que ya no haya equivocaciones, y para que los espíritus ligeros y burlones no tengan el derecho de usar esa palabra, *emancipacion*, ni el de escribir y decir bromas de mal género, os manifestaré, caballero, el sentido exacto de esta palabra, el que le dan las mujeres de juicio.

Para emancipar á la mujer, renovarla y arrancarla del vicio que la esclaviza hace tanto tiempo, es preciso, ó bien adoptar los usos americanos, que consisten en enseñar á una jóven la vida positiva, y explicarle desde la edad de 15 años lo que debe temer de la seduccion de los hombres, ó bien hay que

adoptar las leyes germánicas, las cuales, aunque deseaban que la jóven no ignorase nada, decretaban penas infamantes contra aquellas que se entregaban á la inmoralidad en vez de conservarse puras para sus esposos; decretaban tambien castigos no ménos fuertes contra el hombre que seducia á una jóven doncella, y hasta contra aquel que sólo se aprovechaba de aquella inmoralidad; tambien contra los parientes que no habian sabido guardarla bien, y contra los que habian facilitado la seduccion ó no la habian denunciado.

Aquellas leyes, caballero, eran un resguardo para el honor de las doncellas; podeis estar persuadido de ello.

En el crimen del adulterio hay que castigar lo mismo al cómplice que á la mujer: tambien ese castigo debe alcanzar al marido cuando la desmoralizacion de la mujer es la consecuencia de la del hombre; es preciso instituir el divorcio, porque separa lo bueno de lo malo, lo puro de lo impuro.

Luégo despues hay que recordar que todas las antiguas legislaciones (la legislacion germánica entre otras), que mandaban al marido que asegurase un porvenir á su mujer dándola un dote, no entregaban, como ahora, esta dote al marido, sino á los padres de la mujer.

Por el contrario, el Código francés confia exclusivamente al marido la custodia de la dote que él no

ha dado, pero que ha llevado la mujer; esto no deja de ser injusto y poco previsor.

Esta desposesion de la mujer en beneficio del hombre, turba la paz de más de un matrimonio; agria el carácter de la mujer y la rebaja; con frecuencia la deja arruinada, y entónces la miseria la precipita por la pendiente del vicio.

Siguiendo el ejemplo de Rusia, de Alemania y de América, hay que dejar á la mujer la libre disposicion de su fortuna personal; este derecho le será quitado si hiciese mal uso de ella. En fin, que tenga el derecho de comparecer en juicio sin la autorizacion de su marido.

Que tenga sobre sus hijos los mismos derechos que tiene el padre; que la ley sólo diga que el de los dos esposos que se haga indigno perderá toda autoridad sobre los hijos, y que esto se haga en beneficio del que se haya conservado digno.

Que pueda ser tutora, gerente, miembro de un consejo de familia, y que no le puedan arrebatár estos derechos á no ser en el caso de locura ó de mala conducta. En fin, que la ley y la sociedad tengan en consideracion que el sexo femenino no tiene el privilegio de nacer con rentas aseguradas; y que concedan á la hija que es el sosten de su familia, á la viuda desamparada y á la mujer que tenga un marido incapaz ó imposibilitado, el derecho y el medio de abrazar una carrera que les permita vivir y sos-

tener á sus hijos conforme á su posicion social y á su educacion; y que no obliguen á las mujeres de buenas familias y de la sociedad que están arruinadas á desempeñar oficio de cocineras ó niñeras, ó el tan ingrato de costurera, que consiste en tirar de la aguja de las veinticuatro horas del dia diez y ocho, y todo para ganar un miserable jornal de 34 cuartos.

Las contribuciones sirven para pagar una porcion de cosas, entre otras, para mantener por medio de empleos del gobierno á la mayor parte de los hombres que no tienen bienes de fortuna; las mujeres, contribuyendo por su parte á proporcionar el capital de la contribucion, tienen el estricto derecho de disfrutar del mismo privilegio.

A los legisladores y á la sociedad, en su inteligente juicio, corresponderá elegir los puestos que más puedan adaptarse al sexo femenino y donde corra ménos riesgo su decoro y virtud.

Obrando de este modo se emancipará á la mujer de la miseria. Vos, caballero, pretendéis que tales ó cuales formas físicas son las que hacen la cortesana y la mujer de la calle; pues yo os aseguro que la horrible miseria es la que ha precipitado á las tres cuartas partes de las mujeres en el vicio y la depravacion.

Si hay empleos que pueden convenir á las facultades femeninas; tambien hay unas carreras liberales, en las cuales, léjos de estar fuera de su lugar,

prestarian por el contrario grandes y verdaderos servicios á la humanidad y á la moral; citaré unos ejemplos para confirmarlo:

La jóven pura y casta doncella se ve obligada en ciertos casos á prescindir de su pudor para consultar á un médico. La jóven esposa tambien en ciertas enfermedades tiene que obrar del mismo modo. Los niños necesitan unos cuidados constantes, que sólo el corazon de una mujer, que ha sido criado para comprender y amar á la infancia, puede adivinar y tributar. Pues bien, imitad tambien en esto el ejemplo de América, donde se abren cursos de medicina exclusivos para las mujeres, y en los cuales se habla sólo de las enfermedades de las mujeres y de los niños; y en fin, adoptad y favoreced el uso americano, que consiste en hacer cuidar á los hombres por los hombres y á las mujeres por las mujeres.

Los médicos más célebres de América os podrán decir que la mujer-médico es más hábil para cuidar y adivinar las enfermedades femeninas que los hombres, y que ha dado muy buenos resultados la innovacion de que la mujer sea médica de la mujer.

Que la mujer emancipada tenga derecho al trabajo y á la instruccion gratuita..... ¿por qué no habia de ser así? Cuando los hombres tienen sus escuelas del gobierno gratuitas, ¿sería acaso exigir demasiado el pedir para la mujer, aunque no fuese más que las artes mecánicas gratuitas?

Es menester emancipar á la mujer del vicio, hay que emanciparla de la miseria, de la ignorancia, y últimamente, hay que emanciparla del ocio intelectual.

Hé aquí, caballero Dumas, lo que es la emancipacion. Esto es lo que exigen para las mujeres aquellas que vos calificais de amazonas, y que otros literatos llaman viragos.

¿Y ahora creéis que la emancipacion así entendida se preste tanto á la risa como deciais?

Y sin más, Sr. Dumas, que lo femenino y lo masculino os guarden.

Amén.

París 15 de Julio.